

Revisión general de los aportes de “Economía política del conocimiento: contrapuntos” de Axel Didriksson al debate sobre la educación y el desarrollo de las sociedades

Mtro. Daniel Ramírez Uribe

leinad_meee@hotmail.com

El texto de Didriksson representa una exploración crítica a la interpretación de la “economía del conocimiento”, en tanto se examinan sus principales características y contradicciones. Tras un breve análisis del papel de las universidades en la economía, el autor realiza una revisión de distintas interpretaciones al respecto. El autor introduce la problematización del concepto de “capital humano”, específicamente, la correspondencia que se establece entre él, los niveles de educación y el desarrollo económico de las sociedades. Dicho de otra forma, Didriksson pone en tensión las interpretaciones que apelan al “vínculo positivo” de la educación y el desarrollo de las sociedades post-industriales. [1]

Para aportar elementos a la discusión, Didriksson explica que los efectos positivos de la educación en la movilidad social de las personas han demostrado ser realmente muy limitados. Por ejemplo, basta con resaltar que varios estudios indican claramente que un gran número de los estudiantes a nivel superior realmente no logran un mejoramiento en sus condiciones de vida, además de que manifiestan un limitado “mejoramiento de sus niveles de razonamiento o comprensión durante su primer y segundo año de estudios”. [2] De igual manera, al terminar su formación, ni siquiera consiguen desempeñarse dentro de los campos para los que estudiaron. Asimismo, el autor también recupera algunos datos del año 2008 sobre el bajo nivel de la productividad en la investigación dentro de las universidades, que son inversamente proporcionales al aumento de la matrícula: “menos del 20% de los académicos relacionados con la investigación y la docencia producen resultados de investigación relevantes, ya mayor grado de inversión en innovación y desarrollo (IyD) país menor es el índice de éxito en la investigación llevada a cabo, lo que ocurría en épocas anteriores”. [3]

En este sentido, uno de los intereses del autor es poner sobre la mesa que las contradicciones de la teoría del capital humano emergen debido al impacto real y

diferenciado que tiene en la formación de los individuos, pues depende de cada sociedad y del impacto de elementos como la educación, la ciencia y la tecnología. Como bien señala Didriksson, dado que muchos de los supuestos propuestos por esta teoría suelen partir de generalizaciones macroeconómicas provenientes de los “países desarrollados”, éstas no pueden aplicarse directamente a modo de criterios universales sobre otros países considerados en vías de desarrollo con un nivel bajo de desarrollo.

Los principales teóricos del capital humano proponen alternativas emergentes para sortear las críticas y las problemáticas con el fin de comprender la relación entre el proceso de producción de conocimiento y la generación de cadenas de valor social. Una de las alternativas propuestas por ellos es la superación de la retórica del debate sobre si la educación debe ser vista como bien público o privado, y, por el contrario, proponen centrarse en el alcance de los efectos positivos de la educación en la mayor parte de la población dentro de una sociedad determinada.

A partir de los años noventa, comienza a usarse el concepto de “sociedades del conocimiento”. Tanto la ONU como la UNESCO lo han aplicado de forma crítica para reconocer la diferencia de los efectos de la educación entre distintas sociedades. Uno de los cuestionamientos a este concepto subyace en que, a diferencia de lo que puede considerarse, la configuración de las llamadas “sociedades de la información”, en realidad representan a sociedades de la ignorancia debido a la obsolescencia cognitiva. Debido a la contradicción entre la vastedad de conocimiento disponible y el impacto real en la vida de los individuos, en parte porque este fenómeno no logra incentivar el desarrollo del conocimiento el general, sino que lo hiper especializa. Por así decirlo, “el avance de la ciencia y la tecnología que ha resuelto problemas antes no comprendidos, pero que ha abierto una brecha que se agiganta en la comprensión de otros, provocados por la propia ciencia o la política pública”. [4]

Y en este sentido, la globalidad en las economías dominantes se ha vuelto cada vez más excluyente, pues el desarrollo de la ciencia y tecnología no está sujeta exclusivamente a las universidades, sino que se abre a la sociedad, las empresas, ONGs, etcétera.

Resulta importante subrayar, entonces, que una economía del conocimiento no funciona (como se pensaba en el pasado) sólo desde la perspectiva de una relación directa y

unidimensional de la universidad con la empresa, con el soporte del gobierno (la muy conocida “triple hélice”); el contexto de aplicación de los conocimientos se ha vuelto mucho más complejo, ya que se ha impuesto una condición que se refiere a la sustentabilidad de los conocimientos como bien público y de beneficio social (frente a su extrema mercantilización) para que puedan alcanzarse bases de desarrollo de una economía del conocimiento. [5]

Posteriormente, Didriksson contrasta la postura de Piketty, Stiglitz y Greenwald, autores que abonan directamente a la discusión de la economía política del conocimiento. A grandes rasgos, el autor reconoce el aporte de los autores anteriormente mencionados al debate, ya sus análisis logran desentrañar las complejas relaciones entre el capital, la desigualdad social, la inversión en educación y el trabajo. No obstante, uno de los cuestionamientos de Didriksson a estos autores es que se enfocan aunque se enfocan en el estudio de las desigualdades, insensibilizan las diferencias entre países. Es por ello que el autor señala la importancia de reconocer las asimetrías entre países y cómo esto impacta de forma global en la economía del conocimiento, especialmente en el caso de los países de América Latina y el Caribe.

No se trata ya de colaborar para el desarrollo de la ciencia mundial afín a la resolución de los problemas de los países desarrollados, sino de coadyuvar a resolver nuestros propios problemas, porque con ello nuestra universidad y nuestra ciencia serán cada vez más universales, al tiempo que esta ciencia nos será propia. [6]

Como puede verse, el texto de Didriksson aporta elementos interesantes para comprender las principales propuestas históricas respecto de la economía del conocimiento. Así como desentrañar las relaciones entre la educación, el desarrollo, la ciencia y la tecnología y derrumbar viejos mitos y correspondencias falsas. Con el objetivo no sólo de realizar una crítica, sino también señalar los puntos pendientes del debate y el trabajo necesario para poder generar estrategias concretas y reales que permitan integrar correctamente la educación, la ciencia y la tecnología con el desarrollo de cada sociedad de acuerdo con sus necesidades específicas.

[1]Didriksson, Axel. “Economía política del conocimiento: contrapuntos”, *Perfiles Educativos*, vol. XXXVII, núm. 150, 2015, p. 191.

[2] *Ibidem*, p. 193.

[3] *Ibidem*, p. 193.

[4] *Ibidem*, p. 197.

[5] *Ibidem*, p. 198.

[6] *Ibidem*, p. 207.